

## SEIS RAZONES POR LAS QUE VOTARÉ POR EL SÍ

Álvaro Bautista-Cabrera  
Universidad del Valle

El 2 de octubre del 2016, votaré **Sí** por el *Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera*, realizado por el gobierno de Colombia y las Farc. Expondré, a continuación, 6 razones.

1. **Votaré Sí porque este Acuerdo facilita un futuro con más verdad que un pasado oscuro que abre solo incertidumbre.** Aunque no se debe olvidar el pasado, si el futuro conlleva menos muertes, el pasado no debe privilegiarse. Primero porque ya pasó, es decir, existe de forma solo transformable desde el presente; segundo porque ya aconteció, es decir, es un hecho cuya prestancia no consiste en ajustarlo a cómo debería haber sido sino en sopesarlo en todo su contexto. El Sí al plebiscito conlleva a que el pasado, un pasado horroroso, conformado por los hechos relativos a un conflicto armado, quede como acontecimiento. Si los tristes hechos que lo llenan se dicen, se abren, se contextualizan, el futuro los pondrá frontalmente en la escena en tanto hechos estrictos pero valorables. Los agentes de los hechos y los pacientes de los actos violentos de una guerra, pondrán su odio y su clamor, su versión y su visión, en el terreno de lo simbólico. No se trata simplemente del perdón, se trata de afrontar, tanto el perpetrador como la víctima, la escena de lo cometido en la esfera de lo público. Las rabias por las cruentas heridas cometidas en el pasado no se borran fácilmente, pero sí pueden incentivar la comprensión de sí. Puede que una víctima entre en una relación consigo mismo más enriquecedora si oye al victimario contando con respeto lo que pasó. No se trata, aunque debería, del alma del victimario, se trata de permitir que el alma de la víctima pueda tomar con más libertad y sosiego el futuro como quien toma las riendas de su vida.
2. **Votaré Sí para que nuestros castigos simbólicos sean más verdaderos y menos retaliativos.** Nos han educado con castigos, reprimendas, golpes, correazos. Nos han enseñado que la justicia no funciona porque no castiga. Nos ha enseñado que castigar es vengarse. El castigo o pena como venganza no se ha alejado del diente por diente y del ojo por ojo. Queremos que quien cometió un acto punible sufra, pene, y lo que hemos creado es un ser insensible, a quien le importa un bledo asaltar, violar, matar a quien sea. A no sé cuántos les importa un reverendo mamoncillo cometer lo que sea, por un minuto de dicha. Qué importa el horror de cegar una vida. Qué importa matar, si se disfrutan ahora los miserables pesos de un celular; qué importa, luego, pagar uno, diez, veinticinco años o toda la vida. La justicia no tiene que cambiar tanto si consiste en ser pulcramente castigadora, acertadamente irrefutable; tiene que cambiar pasando de una justicia que quiere

encontrar un equivalente simbólico que pese lo mismo que la falta cometida a una justicia que permita que quien sea objeto de dicho equivalente simbólico, merezca vivir en el seno de la sociedad que lo instaura. Lo que suelen querer los ciudadanos llenos de odio, explicable ante el horror de acto criminal, es cobrar la vida del otro. En Colombia hay una tendencia politiquera –y no efectivamente simbólica– a manifestar que no se acepta la pena de muerte; sin embargo, si le es posible la víctima suele pasar a matar al victimario sin mayor investigación. Como es tan penoso hacer público el deseo de aplicar la pena de muerte, los ciudadanos murmullan su deseo de matar. Y de ese murmullo hay un paso al acto. Somos profundamente criminales de pensamiento, y si a unos pocos de los que piensan así, este pensamiento se les vuelve un hecho, la violencia es un dato que sube las cifras del crimen sin misericordia. Creo, pues, que el crimen imaginado del otro es reforzado por el No al Plebiscito, mientras el Sí es un intento por pasar del crimen deseado al crimen aceptado, bajo compensaciones más simbólicas. No lo duden, a mí no me den la mano de quien mató a mi querido tío Víctor Fierro, en los años 60, en el Caquetá. Prefiero que me den al hombre completo, con su palabra, su versión y su posibilidad de transformarse. Ahora bien, me temo que entre el deseo de matar al victimario y la posibilidad de que este se salve, se acostumbra a preferir su aniquilamiento. Ni siquiera el Sí merma este sentimiento, aunque ayuda a transformar el deseo de matar a quien ha cometido actos horribles en el deseo de aceptar que la humanidad es menos criminal si rompemos el círculo de la venganza y del ojo por ojo.

3. **Votaré Sí porque creo en el poder de entender al otro en su horror en vez de condenarlo a las mazmorras y al patíbulo, a la ejecución o la reclusión llana.** Aunque no soy quién para suponer que mis decisiones son tan importantes para juzgar y perdonar a quienes hicieron de esta sociedad la trinchera de una guerra de 50 años, creo que todos tenemos el poder verdadero de entender y el poder limitado de invocar sanciones cruentas y sacrificiales. Entre los muchos daños que nos ha producido Norteamérica, observo la profundización en nuestra imaginación de la cultura carcelaria como un lugar de hundimiento merecido antes que de mejoramiento humano. De manera menos tecnológica (menos pagada por el capital privado) nuestras cárceles son un infierno: el que se incrementa en las prisiones de las series *Break* y *Capadocia*. En el fondo es lo mismo. Tú cometiste tal crimen, tu castigo simbólico debe ser lo menos simbólico para que se asemeje a tu acto cruento. Para esto el cine hollywoodense ha multiplicado la publicidad de las armas, los actos que chocan y los asesinos en serie que matan y matan con impecable y eficaz placer, y solo merecen un hueco en el fondo de una cárcel. Indudablemente que existen este tipo de criminales que llevan a pensar en cárceles recias. No obstante, pienso que estos criminales son la excepción, y que la mayoría de condenados son personas cuyos delitos son realizados en el ámbito de un

desmejoramiento social, de un incremento de la competencia como forma de crecimiento social y de la dificultad de crear un 'nosotros' que no tome como enemigos a quienes conjugan otros 'nosotros'. Suelen pensar las gentes que todo concluye enterrando a un delincuente en una cárcel. No se imaginan el horror que es ir a una cárcel sin dinero en Colombia. Por lo menos deberíamos pasar a un concepto de cárcel que implique transformación y mejoramiento humano. Al contrario, parece que le dijéramos al penalizado: "Señor condenado, sois malo, más malamente vas a ser tratado por los malos, y en más malo te convertirás por *secula seculurom*". Creo que para los delitos de las Farc, si es que son delitos, vale más un proceso de justicia alternativo que el tradicional, y lo que los colombianos debemos pelear es porque este concepto nos abrigue a todos. No a los llamados delincuente de cuello blanco, pues estos tienen dinero para pagarse una justicia alternativa basada en la corrupción, y por más justicia que se les aplique podrán comprarse siempre cárceles más cómodas y tiempos de castigo más generosos.

4. **Votaré Sí porque el gran presupuesto de Colombia en la guerra podrá, con los años, dirigirse a mejores propósitos en educación, investigación, desarrollo cultural, tecnológico y agrario.** Vivo en el sur de Cali. Durante interminables semanas, en las que se me encogía el corazón, sonaban, trepidaban y tronaban los infatigables helicópteros Black Hawk que iban, creo, desde el batallón Pichincha y hasta el Norte del departamento del Cauca. Me decía: ¿Cuántos van a matar? ¿Cuántos regresarán vivos? Los regulares vuelos se acrecentaban a veces, hasta el punto de que tomarse un tinto, en un ventilado centro comercial de Cali, era menos un acto de ocio y solaz conversación que de indolencia por lo que pasaba en Colombia. Luego, me preguntaba y ¿cuánto vale cada vuelo? ¿Cuánta gasolina gasta, si es que vuela con gasolina? ¿Y qué tipo de aceites usan estos helicópteros para que las hélices no se atoren? ¿Y cada cuánto hay que cambiar repuestos? ¿Y las metralletas cuánto valen? Y cada que se descarga un mortero, ¿cuánto vale? ¿Y los uniformes, quién los hace, quién los paga? Y la ración de pollo o de carne de res para un almuerzo de no menos de 400.000 hombres, ¿cuánto vale y quiénes en verdad lo pagamos? ¿Cuál empresa los distribuye? ¿Quién comercializa todo esto? Y volvía a pasar un helicóptero, y otro. Y mi pequeña e imaginaria caja registradora sobre mi mesa de escribir sumaba y sumaba dólares. Votar por el Sí va a disminuir este ominoso gasto armamentista. Ya en los encuentros de ventas de armas del mundo, un cliente disminuirá sus demandas, Colombia, y otro, las Farc, las dejará de hacer. Me imagino que inicialmente Colombia, no lo hará del todo. Este proceso de paz ha contado afortunadamente con los militares, y el postconflicto no dejará de requerir de armamento. Pero a la larga, el inmenso presupuesto que se llevaba un buen porcentaje de nuestro producto Interno Bruto (PIB), podrá tomar otros rumbos más loables. Me pregunto ¿no habrán entre los que votan por el No, algunos personajes que han vivido de este negocio? Quizá, no. Pero es bueno que muchos de

los del No piensen que votar de este modo es lamentablemente un paso hacia una paz incierta con las Farc, hacia una guerra cierta o, en el mejor de los casos, provocará la continuidad de unos diálogos interminables que ya llevan entre 4 y 6 años (aunque el gobierno actual afirma que eso lo corresponderá entonces a otro gobierno). Votar No es un paso hacia las formas antiguas de dirimir los pleitos con las Farc. Es verdad que el estado colombiano ha traicionado en más de una ocasión los acuerdos con la insurgencia. Las guerrillas liberales acordaron la paz con Rojas Pinilla, y luego fue asesinado Guadalupe Salcedo; Carlos Pizarro Leongómez fue asesinado en un avión, después de firmar la paz el M-19 con el gobierno de Gaviria; miles de militantes de la Unión patriótica fueron asesinados a finales de los años 80. El Acuerdo con las Farc puede ser tomado con tales retaliaciones, pero un voto por el Sí ayudará a fortalecerlo de tal forma que se restrinja el campo de las venganzas. Creo que una parte de la gente que quiere votar por el No está desencantada de todo, del Presidente, de ver sus ideales puestos en cuestión, de la exigencia de leer documentos para los que no nos prepararon en la escuela. Sin embargo, no les pido ilusiones, les pido sensatez. Consideren, por favor, que parar la máquina de la guerra es darle posibilidades a la vida, a un país radicalmente distinto al que hemos padecido. Un país incierto, es posible, pero con más posibilidades.

5. **Votaré Sí porque terminar esta guerra le devolverá la tranquilidad a miles de padres e hijos que cada año se acuestan pensando cómo harán para eludir el servicio militar.** En una entrevista al general Alberto José Mejía, en Noticias RCN, este decía que el acuerdo era más sentido en el país rural que en el urbano. Claudia Gurisatti, la entrevistadora, le objetó que no viniera ahora a decir que las personas de la ciudad son menos sensibles al Acuerdo de paz porque en las ciudades no se siente tanto la guerra como en el campo. El general le contestó que eso se veía en el hecho de que los ciudadanos urbanos hacen todo lo que está a su alcance para eludir la prestación del servicio militar. Efectivamente, es más fácil reclutar soldados en el campo que en la ciudad. En la ciudad, que en el fondo es un sistema de tránsitos y marrullerías sofisticadas, las gentes aprenden a hacerle el quite al llamado del ejército. Unos sencillamente no se presentan, y quedan condenados como remisos. Cada año la multa sumará por lo menos un millón de pesos. Otros, buscarán un familiar del ejército para sacar la Libreta militar gratuita o barata. Otros se meterán en religiones innovadoras de Jehová, para argumentar objeción de conciencia. Hay quienes les cuentan que los tatuados no pagan, y se tatuarán para intentar escapar, pero serán defraudados. Y una buena parte buscará sencillamente pagar a un intermediario la suma de varios sueldos mínimos para saltarse el deber militar y obtener el codiciado documento. En el fondo, pocos quieren pagar el servicio militar porque no consideran que esa guerra con las Farc sea suya. Pocos están dispuestos a pagar por esa guerra con sus vidas o la de los suyos. ¿Quiénes lo hacen? Ya que en la ciudad es más fácil denunciar los camiones del ejército que

reclutan a mansalva (se les puede grabar con un celular), lo hacen, obligados –no sé en qué proporción– los jóvenes hijos del país rural, reclutados casi de la misma forma como lo hacen las guerrillas y las bandas. Habrá padres en tal situación económica que no dudarán en ordenar a su hijo que vaya al ejército por un ripio de sueldo. Claro que también se puede progresar y enviarlos como soldados profesionales, aumentando el dinero y el peligro, pero, al fin y al cabo, habrá una buena recompensa cuando devuelvan al muchacho con la bandera de Colombia, el sentimiento de pesar del Ministro de defensa y del Presidente, y una pensión. Esta corrupción en torno a la Libreta Militar tenderá a disminuir votando Sí, porque no dudo que una sociedad menos violenta, sin este conflicto, podrá imaginarse incluso servicios militares de orden social, a los que, en un mundo sin guerra, se dudará menos en enviar a un hijo. Quiero ver cuántos de los que votan No están dispuestos a abordar la guerra con sus hijos, de frente, sin intermediarios. La guerra hecha con los hijos de los otros, de los menos favorecidos económicamente, es una carnicería abominable y una cobardía impecable. Voto Sí al Acuerdo de Paz, para cambiar la situación militar y el sufrimiento que implica en Colombia ser joven pobre sin libreta Militar.

6. **Votaré Sí porque el Sí al Plebiscito abre al día siguiente muchas posibilidades para Colombia, mientras el No solo se reduce a una estrecha posibilidad: la paz incierta con la Farc o la guerra.** El Sí al Acuerdo de Paz con la Farc abre una gama de posibilidades que mi imaginación no puede aún procesar. En cambio, al día siguiente de ganar el No, Colombia volverá a *repetir* lo que ha venido haciendo durante los últimos decenios: multiplicar el presupuesto en guerra, señalar al crítico como terrorista, banalizar la muerte de los líderes sociales, desaparecer personas en aras de abominables prácticas de guerra sucia, bombardear zonas enteras para matar un líder guerrillero; provocar, entonces, masivos desplazamientos. Hay una voz que debe enfrentarse con voces. Esa voz reclama institución, orden, libertad, pero todas estas palabras son huecas si lo hace con la bandera de la guerra, con la señal de que eliminando al otro, Colombia será grande y próspera. Esa voz viene sonando y, ante el Acuerdo, ha empezado a gritar, a vociferar. Cuando los gritos sobresalen, la razón se va. Esa voz grita porque ve una sola posibilidad. En cambio, el Sí abre la puerta a una Colombia diferente, llena de expectativas, de innumerables posibilidades. Una Colombia sin las Farc. Una Colombia en la que pasemos de la adulada voz que grita guerra y finge paz para hacer más guerra, a un conglomerado de voces menos homogéneo, más representativo de nuestra diversidad. Votar por el Sí nos abre la dimensión de lo posible; las redes de posibilidades que tendríamos enfrente nos harán mejores seres humanos, a la altura del futuro, de quienes no han nacido, a la altura del mundo y del planeta que requiere que dejemos estas guerras atrás, para dirigir nuestros empeños en su cuidado y salvación. **Álvaro Bautista-Cabrera - Universidad del Valle – Escuela de Estudios Literarios - Septiembre de 2016**